

# La cultura anestesiada del Tamagotchi

## (a propósito de «El malestar en la cultura»)

I. La visión que Freud tiene del hombre no puede ser más pesimista. En efecto, el hombre, es decir, un constructo biopsico-social inmerso en unas coordenadas culturales –que lo fundan y le dan sentido en tanto hombre–, movido por el principio del placer, aspira a la felicidad, pero lograr esa aspiración le resulta imposible por partida doble: 1) porque «más allá del principio del placer» (1), la aspiración a la felicidad en el hombre se diluye en unos límites borrosos, cercanos al sufrimiento, la angustia, el goce, la repetición...: el «regusto» –en fin– por la muerte que se atisba en un horizonte no muy lejano. Y 2) porque en la búsqueda de la felicidad, los hombres nos encontramos con límites estructurales de nuestro propio ser y de nuestro propio existir (ex-ser), los cuales nos impiden gozar plenamente de la felicidad, ya sea por una condición de estructura (en el caso de que la felicidad fuera posible, como experiencia sería irrealizable. El propio Freud nos recuerda en «El malestar en la cultura» (2) que «nuestra disposición no nos permite gozar intensamente sino el contraste, pero sólo en muy escasa medida lo estable»), ya sea por motivos derivados de la naturaleza o de nuestro propio cuerpo (el dolor), o, ya sea, en fin, por razones relacionadas directamente con el hecho de que somos seres sociales inmersos en una cultura (en este último caso se trataría –según Freud– del malestar en la cultura propiamente dicho).

Por tanto, la aspiración a la felicidad en el hombre, ni es unívoca (Principio del placer vs Más allá del principio del placer) ni

resulta posible (por razones estructurales, naturales, corporales y culturales). De aquí que el concepto de hombre (en relación a la felicidad) que surge de la teoría freudiana sea la acusación más irrefutable contra la cultura occidental (y, curiosamente, su más firme defensa), no sólo –como señala H. Marcuse (3)– porque la historia del hombre en relación a la felicidad sea la historia de su propia represión sino porque es la historia de una búsqueda contradictoria e imposible.

De cualquier modo, a esa búsqueda –contradictoria e imposible– dedica el hombre las mejores energías, ya sea transmutando sus propias pulsiones (a través de los mecanismos de la represión, la sublimación, la identificación, la proyección...), ya sea revistiéndose de ermitaño, loco, neurótico, religioso, toxicómano, artista, científico...; como si en las tareas que se derivarían de tan diversos oficios y modos de ser se pudiera encontrar la «ansiada» felicidad; soportando el hombre, en fin, las distintas estrategias que acabamos de señalar bajo la posición idealista (ideológica) de que la vida humana tiene algún objeto (caso de las estrategias religiosas: alguna «Providencia» le recompensará en la otra vida de los sufrimientos de ésta. «Mañana, cadáveres, gozaréis» –decía P. Legendre–) o de que la vida humana tiene algún sentido (en el caso de las estrategias que se fundamentan en la laboriosidad, incluyendo entre éstas algunas corrientes psicoanalíticas).

II. Sin embargo, lo que Freud plantea en «El malestar en la cultura» (al margen

de esta relación general del hombre con la felicidad a la que acabamos de referirnos) es: si la cultura «designa la suma de las producciones e instituciones que distancian nuestra vida de la de nuestros antecesores animales y que sirven a dos fines: proteger al hombre contra la Naturaleza y regular las relaciones de los hombres entre sí», p. 3.033), y a pesar de que la felicidad sea algo profundamente subjetivo, ¿por qué la cultura se nos revela como una de las fuentes del displacer? La respuesta de Freud no puede ser más desesperanzada.

En efecto, si la felicidad tiene que ver con la satisfacción de las pulsiones, la cultura –para Freud– extraería la energía que necesita para fundar y sostener las instituciones, el trabajo, la producción, las relaciones sociales... de la in-satisfacción de esas pulsiones, bien consumiendo las pulsiones (la energía pulsional) en la consecución de esos objetivos que acabamos de señalar, o sublimándolas (en cuyo caso sí se produciría placer en el sujeto –una especie de placer secundario–, el cual se derivaría de la realización de ciertas clases de trabajos: el placer que el carácter anal encuentra en la disciplina social y laboral –orden, limpieza, amo que manda, empleado que obedece–, el placer que el artista o el científico hallan en la realización de sus tareas –por vía de la sublimación–, etc.), o bien substrayendo directamente de la pulsión la satisfacción que le es propia (en cuyo caso, y ya sí que nos encontraríamos en el núcleo del verdadero malestar en la cultura, se produciría displacer, sufrimiento, frustración... a cambio de vivir en sociedad). De este modo, continúa Freud –página 3.048–, «si la cultura impone tan pesados sacrificios, no sólo a la sexualidad, sino también a las tendencias agresivas, comprenderemos mejor por qué al hombre le resulta tan difi-

cil alcanzar en ella su felicidad». O, en pocas palabras, en lo que respecta a la felicidad, para Freud, la cultura sería inaccesible a cualquier intento de reforma; es decir, el malestar en la cultura tendría carácter estructural.

Así, la Cultura –con mayúscula– no sería una vía –hedonista– para lograr la felicidad, éste no es su objetivo, sino que, como dice J. Ibáñez (4), «la cultura es un artefacto construido para evitar la muerte –suspendiéndola–, o el propio Lévi-Strauss, cuando señala que la cultura y la sociedad son dos respuestas complementarias a la muerte; la sociedad, impidiendo al animal saber que es mortal, la cultura como una reacción del hombre a la conciencia de que lo es. O, tal como yo lo entiendo, *la cultura surge de una conciencia, de una mala conciencia, de una doble mala conciencia –cuyo grado cero sería el goce, es decir, lo opuesto al placer–: la de saberse muerto y la de intuirse animal*. Así, la cultura –a mi entender– no surgiría ligada a la consecución de la felicidad (de ahí extraería la energía que precisa para desarrollarse), sino a limitar el goce.

III. La obra de Freud, escrita en 1929 (en el período comprendido entre las dos grandes guerras), vendría a subrayar, por tanto, el carácter estructural del malestar en la cultura.

Sin embargo, nada nos impide pensar que ese carácter genoestructural del que nos hablaría Freud no se adapte y se exprese en fenoeestructuras diversas, dependiendo de las circunstancias, y que, en consecuencia, a «El malestar en la cultura» podamos releerlo ahora, casi setenta años después de ser escrito, en pleno auge del denominado capitalismo de consumo, del estado del bienestar y de la cultura de masas.

## COLABORACIONES

De entrada, quisiera adelantar lo que pienso al respecto. Posiblemente, si tuviera sentido hablar en términos históricos y ontológicos de algo que, en última instancia, es subjetivo, como sucede con el malestar o con la felicidad, en las sociedades occidentales avanzadas estamos viviendo el período de menor malestar de la historia, lo cual no significa que tenga que ser el período de mayor felicidad.

¿Qué caracteriza a este período actual y cómo se expresa esta(s) característica(s) en términos de malestar (en la cultura)?

Antes que nada, habría que recordar el importante proceso de transformación acontecido a lo largo del siglo XIX en las sociedades occidentales, que culminó en el siglo XX con la racionalización de la producción (es lo que se conoce como capitalismo de producción, diferente del capitalismo de consumo; etapa posterior en el desarrollo del capitalismo a la que posteriormente se hará referencia); de esa forma, gracias a la disciplina que el capitalismo de producción impuso a las fuerzas productivas, se logró la domesticación de las poblaciones rurales arcaicas y su adecuación al trabajo industrial (así se pasó del malestar en la cultura propio de las antiguas poblaciones rurales arcaicas al malestar en la cultura inherente al capitalismo de producción, cuya máxima expresión fue un paradigma acuñado en aquellos años. Nos estamos refiriendo al concepto de alienación en el trabajo. La alienación en el trabajo representaba, como ningún otro concepto, el malestar propio del capitalismo de producción, el cual se relacionaría directamente con el placer que el Amo extraería de la alienación-explotación de una clase trabajadora que todavía olía a campo. Para mantener el goce de ese Amo —explotación, enajenación de plusvalía, disciplina, repeti-

ción, orden impuesto—, el trabajador debería extraer la energía psíquica del único lugar que le era posible: la pulsión erótica y la pulsión de muerte; placer y goce, respectivamente, que se desviaría, así, de su original fin pulsional en beneficio del Amo. No hace falta subrayar que es precisamente durante este período del capitalismo (el capitalismo de producción) cuando Freud desarrolla su trabajo teórico-práctico, y que es a él al que hace referencia indirecta en su obra «El malestar en la cultura».

Sin embargo, a partir de los años 50 y 60, los cambios se van imponiendo. El orden capitalista, superada ya la fase de racionalización de la producción —reafirmada últimamente esta superación con la caída del llamado telón de acero—, busca racionalizar también el consumo (de la racionalización de la producción a la racionalización del consumo); es decir, el orden capitalista intenta adentrarse en un proceso nuevo y profundo que reorganice el nivel primario de las necesidades (generando simulacros de necesidades y simulacros de objetos que, supuestamente, se acoplarían a esas necesidades).

En efecto, la sociedad de consumo no es, a pesar de sus apariencias, una sociedad de abundancia («abundancia» no quiere decir que se consume mucho: quiere decir que se consume todo lo que se necesita, es una situación de equilibrio entre las necesidades y los bienes y servicios que las satisfacen. Sin embargo «en la sociedad de consumo siempre hay más necesidades que bienes y servicios para satisfacerlas. Lo que esta sociedad produce en realidad, mediante la publicidad, son necesidades» (5). O sea, simulacros: representación de supuestas necesidades y de supuestos objetos, bienes y servicios, que colmarían a esas necesidades y que remitirían a nada; signos vacíos que

sólo servirían como representación, cáscaras sin yemas... De esta manera se anularían (según J. Ibáñez, o. c.) «las diferencias entre lo verdadero y lo falso por la publicidad, entre lo bello y lo feo por la moda, entre lo bueno y lo malo por el consenso» —es decir, por la ideología segregada por las clases medias.

O dicho de otra manera, convertidas en simulacro —la verdad, la belleza, lo bueno, lo justo, la autoridad, los sentimientos...—, la cultura actual (capitalismo de consumo, estado del bienestar, cultura de masas) empieza a generar en las sociedades de capitalismo avanzado el malestar que le es propio: un simulacro de malestar: un malestar descafeinado, vacío, para ser visto y representado (todo se simula, hasta el Edipo. Se simula el deseo. «Muy diferente de una verdadera apuesta libidinal de saber y de poder, o incluso de una verdadera labor de duelo por el saber y el poder. Estamos en el estadio de la reproducción desesperada, donde la apuesta es nula y el simulacro es máximo —simulación exacerbada y paródica al mismo tiempo— tan interminable como el psicoanálisis, y por las mismas razones (6)).

El propio Freud, en una intuición genial que le engrandece, en «El malestar en la cultura» (página 3.049), adelanta, a su manera, lo que él intuye que será el malestar en la cultura por venir, cuando, refiriéndose a los EE.UU., señala: «Además de la necesaria limitación instintiva que ya estamos dispuestos a aceptar, nos amenaza el peligro de estado que podríamos denominar «miseria psicológica de las masas». Este peligro es más inminente cuando las fuerzas sociales de cohesión consisten primordialmente en identificaciones mutuas entre los individuos de un grupo, mientras que los personajes dirigentes no asumen el

papel importante que deberían desempeñar en la formación de la masa».

En efecto, si en el capitalismo de producción (que es la fase del capitalismo en la que Freud escribe «El malestar en la cultura»), la represión de las pulsiones —como garantía de la propia cultura— tenía como reverso negativo el malestar que señalábamos al principio, también conllevaba, como anverso positivo, un fenómeno importante: que lo reprimido de las pulsiones —por seguir dentro de la jerga psicoanalítica— retornaba renovando y rejuveneciendo al aparato represor de la cultura, fortaleciendo así mediante identificaciones y sublimaciones unos ideales (de belleza, bondad, justicia, libertad...) que a la postre enriquecían a la propia cultura. Sin embargo, en el capitalismo de consumo, donde la represión de las pulsiones —al nivel al que nos estamos ahora refiriendo— no es más que simulacro de represión de unas pulsiones simuladas, se pierde ese impulso renovador y exigente.

Hoy, por tanto, más que hablar de represión (de las pulsiones), como condición de la cultura, habría que hablar de simulacro pulsional; es decir, anestesia (de las pulsiones), como condición de la cultura de masas. En el primer caso se producía malestar, en el segundo impostura: simulacro de sufrimiento, simulacro de placer... De igual modo, no tiene sentido hablar de ese paradigma al que nos hemos referido hace unos momentos, y que representaba el malestar en la cultura del capitalismo de producción como ningún otro: la alienación en el trabajo. En su lugar, habría que hablar de la conciencia enajenada por vía de la anestesia, de la conciencia que se hace signo, representación vacía de exigencias y de propuestas renovadoras: simulacros de la verdad, de la belleza, de la justicia, del trabajo,

## COLABORACIONES

de los sentimientos... Este es, a nuestro entender, el verdadero malestar en la cultura de finales del siglo XX. Y de aquí surgiría toda la anestesia de la que no nos quejamos.

## BIBLIOGRAFÍA

(1) FREUD, S., «Más allá del principio del placer», *Obras Completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1919, pp. 2.507-2.541.

(2) FREUD, S., «El malestar en la cultura», *Obras Completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1929, pp. 3.017-3.067.

(3) MARCUSE, H., *Eros y civilización*, Barcelona, Seix Barral, 1968.

(4) IBÁÑEZ, J., *Más allá de la sociología*, Madrid, Siglo XXI, 1979, p. 204.

(5) IBÁÑEZ, J., *Por una sociología de la vida cotidiana*, Madrid, Siglo XXI, 1994, p. 214.

(6) BAUDRILLARD, J., *El intercambio simbólico y la muerte*, Caracas, Monte Ávila, 1980, p. 79.

\* Fabio Rivas Guerrero. Psiquiatra. Coordinador Área I de Salud Mental. Jefe de Servicio de Psiquiatría del Hospital Carlos Haya. Málaga.

*Correspondencia:* Fabio Rivas, Hospital Carlos Haya, Plaza del Hospital Civil, s/n, 29011 Málaga. Tel. 952 645409. Fax 952 2394766.

\*\* Fecha de recepción: 14-V-1998.